

Sermón Seis. EL REINO.

TEXTO: «En los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido; y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y permanecerá para siempre.» (Daniel 2:44)

El segundo capítulo de Daniel introduce cinco reinos universales que se sucederían el uno al otro. Los primeros cuatro reinos son terrenales y perecederos. El quinto es inmortal, y permanecerá para siempre. Los primeros cuatro reinos están representados por la gran imagen metálica, cuyas diversas partes están compuestas de oro, plata, bronce y hierro mezclado con barro. Cuando estos sean desmenuzados y completamente removidos, entonces el reino inmortal llenará toda la tierra. Ahora prestaremos atención a Daniel 2:31-45.

Versículos 31-36: «Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen grande, cuya brillantez era excelente, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando hasta que una piedra fue cortada, no con mano, la cual hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y se hicieron como el tamo de las eras de verano; y se los llevó el viento, y ningún lugar se encontró para ellos. Y la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra. Este es el sueño, y te diremos su interpretación delante del rey.» (Daniel 2:31-36)

Pero primero, notemos algunos puntos importantes mencionados en este sueño:

1. La piedra hirió a la imagen en sus pies.
2. Entonces el hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, fueron desmenuzados.

3. El viento se los llevó, como el tamo de las eras de verano, de modo que ningún lugar se encontró para ellos. Ningún lenguaje puede describir una destrucción más completa.

4. Entonces, y solo entonces, la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte y llenó toda la tierra.

Versículos 37, 38: «Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder y fuerza y gloria. Y dondequiera que habitan los hijos de los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo te ha entregado en tu mano, y te ha hecho señor de todo ello. Tú eres [o tu reino es] esta cabeza de oro.» (Daniel 2:37-38) Babilonia fue el primer reino de imperio universal. Fue fundada por Nimrod, el bisnieto de Noé. Ver Génesis 10:8-10. Duró casi mil setecientos años, aunque bajo diferentes nombres; a veces llamada Babilonia, a veces Asiria, y a veces Caldea. Continuó desde el tiempo de Nimrod hasta el de Belsasar, quien fue su último rey.

Versículo 39 (primera parte): «Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo.» (Daniel 2:39) El reino Medo-Persa sucedió a Babilonia. Ver Daniel 5:28: «Tu reino [Babilonia] ha sido dividido y dado a los Medos y a los Persas.» (Daniel 5:28) El Medo-Persa fue el segundo reino universal representado por el pecho y los brazos de plata.

Versículo 39 (última parte): «Y un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra.» (Daniel 2:39) En Daniel 8:5-7, 21, aprendemos que Grecia conquistó el reino Medo-Persa y se convirtió en un reino de imperio universal. Esto ocurrió bajo Alejandro. Aquí, entonces, tenemos el tercer reino, que está representado por el bronce de la imagen.

Versículo 40: «Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y somete todas las cosas; y como el hierro que todo lo desmenuza, así desmenuzará y aplastará.» (Daniel 2:40) El cuarto reino es generalmente admitido como Roma. Es un reino universal que ha de desmenuzar todo lo que le precedió. Solo Roma responde a la descripción. Tuvo un imperio universal. Ver Lucas 2:1: «Y aconteció en aquellos días, que salió un edicto de parte de Augusto

César, para que todo el mundo fuese empadronado.» (Lucas 2:1) Augusto César fue un emperador romano. Aquí tenemos el cuarto reino, representado por las piernas de hierro.

Versículo 41 (primera parte): «Y lo que viste los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, el reino será dividido.» (Daniel 2:41) El Imperio Romano de Occidente, entre los años 356 d.C. y 483 d.C., se dividió en diez divisiones, o reinos: 1. Los Hunos, en Hungría, 356 d.C.; 2. Los Ostrogodos, en Mesia, 377; 3. Los Visigodos, en Panonia, 378; 4. Los Francos, en Francia, 407; 5. Los Vándalos, en África, 407; 6. Los Suevos y Alanos, en Gascuña y España, 407; 7. Los Burgundios, en Borgoña, 407; 8. Los Heruli y Rugii, en Italia, 476; 9. Los Sajones y Anglos, en Gran Bretaña, 476; 10. Los Lombardos, en Alemania, 483. Así fue dividido el reino, como lo designan los diez dedos.

Versículos 41-43 (empezando con la última parte del versículo 41): «Mas como viste el hierro mezclado con barro cenagoso, así será el reino dividido; mas en él habrá de la fortaleza del hierro, así como viste el hierro mezclado con barro cenagoso. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro cenagoso, se mezclarán por medio de alianzas humanas; mas no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.» (Daniel 2:41-43)

Este lenguaje describe el estado de los reinos en los que el cuarto reino se dividiría. Algunos de ellos serían fuertes como el hierro, y otros débiles como el barro. Sin embargo, así como el hierro no puede unirse permanentemente al barro, los reinos más fuertes no podrán anexar a los más débiles en una unión permanente. Tampoco el matrimonio entre las familias reinantes logrará que estos reinos se unan. Luego vienen las palabras del texto, que señalan distintivamente el período del establecimiento del reino imperecedero de Dios:

Versículo 44: «En los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido; y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y permanecerá para siempre.»

(Daniel 2:44) Los reyes mencionados en el texto son con toda certeza los diez reyes, o diez reinos, del cuarto reino dividido; pues son el tema del discurso. La frase, «*En los días de estos reyes*», no se refiere a los días del reino de Babilonia, de Media y Persia, de Grecia, ni a los días de Roma antes de que se dividiera en diez reinos. Pero sí se refiere a Roma después de que se dividió en diez reinos, representados por los diez dedos de la imagen. Por lo tanto, el reino no fue establecido en el tiempo de la primera venida de Cristo. Tampoco pudo ser establecido, según el texto, hasta que el reino romano se dividiera en los diez reinos, división que tuvo lugar entre los años 356 d.C. y 483 d.C. El establecimiento de este reino es evidentemente un evento futuro.

La piedra no hirió a la imagen en la cabeza, Babilonia; ni en el pecho, Media y Persia; ni en los costados, Grecia; ni tampoco en las piernas, Roma Pagana. La piedra hirió a la imagen en sus pies. Pero no pudo herir los pies antes de que existieran, y no existieron hasta varios siglos después de la primera venida de Jesucristo. Todavía esperamos el desmenuzamiento de la imagen, o la destrucción de todos los gobiernos terrenales, antes de que la piedra se convierta en un gran monte y llene toda la tierra, o que el reino inmortal sea plenamente establecido en la tierra.

La piedra no tiene nada en común con la imagen. Notemos bien los eventos aquí declarados. La piedra rompe la imagen, y esta se vuelve como el tamo de las eras de verano, y el viento la lleva tan lejos que no se encuentra lugar para ella. Todos los reinos terrenales son primero rotos y dejan de existir; entonces, y solo entonces, la piedra llena toda la tierra.

El reino aquí mencionado no es un reino espiritual establecido en las mentes y corazones de los hombres mortales. En ningún sentido de la palabra se puede decir que el reino fue establecido alrededor del tiempo de la primera venida de Cristo. Si se dice que el reino de la gracia fue establecido por nuestro Señor Jesucristo en su primera venida, entonces preguntamos, ¿Acaso Dios no tenía un reino de gracia antes de ese tiempo? Si no, entonces Enoc, Noé, Lot, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y los profetas, han perecido sin esperanza; porque ciertamente ningún hombre puede ser salvo sin gracia.

Es cierto que la frase, «*desmenuzará y consumirá todos estos reinos*», da la idea de que el reino de Dios, por un tiempo, es contemporáneo con los reinos perecederos. Y en vista de este hecho, muchos adoptan la visión popular del reino espiritual de Cristo, la conversión del mundo, comúnmente llamado el milenio temporal. Otros, que rechazan el reino espiritual, suponen tener un fuerte apoyo en esta frase para el milenio mixto, el reinado literal de Cristo en la tierra con los justos inmortales de todas las edades, entre las naciones mortales. Pero rechazamos ambas visiones por oponerse a las más claras declaraciones de las Sagradas Escrituras, e invitamos la atención a una que consideramos escritural y armoniosa.

El establecimiento del reino eterno se da por una sucesión de eventos, el primero de los cuales ocurre antes de la destrucción de los gobiernos terrenales.

1. El Hijo de Dios, al final de su ministerio por los pecadores, y antes de su segunda aparición, recibirá el reino del Padre. En el séptimo capítulo de este libro profético leemos estas palabras: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, y vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino, uno que no será destruido.» (Daniel 7:13, 14) Este lenguaje describe una gran transacción en el Cielo entre el Padre y el Hijo. El Hijo, en su segundo advenimiento a este mundo, no se acerca al Padre. Tan lejos de esto, que el apóstol representa al Padre permaneciendo en el Cielo y enviando a su Hijo. «Y él [el Padre] enviará a Jesucristo, el que os fue antes anunciado.» (Hechos 3:20)

Las palabras del Salmista son pertinentes: «Pídeme [dice el Padre al Hijo], y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.» (Salmos 2:8, 9) Antes de que el Hijo haga su segundo advenimiento a este mundo, recibe del Padre «*dominio, y gloria, y un reino.*» Las naciones son suyas, y los confines de la tierra son su posesión. Así, el Dios del cielo establece el reino

invistiendo a su Hijo con autoridad real antes de enviarlo a manifestarlo en la tierra entre sus enemigos.

2. Después de la coronación del Rey de reyes, los cielos abiertos lo revelarán viniendo con magnificencia y gloria, liderando los ejércitos del Cielo al último gran conflicto con la bestia, el falso profeta y los reyes de la tierra. Ver Apocalipsis 19. «Sus ojos eran como llama de fuego, y en su cabeza había muchas diademas.» (Apocalipsis 19:12) «Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.» (Apocalipsis 19:16) Su misión entonces será «juzgar y hacer la guerra.» (Apocalipsis 19:11) A un lado estará la bestia, y los reyes de la tierra y sus ejércitos; y al otro lado estará el Rey de reyes, seguido por todos los santos ángeles. Los ejércitos del Cielo logran una victoria gloriosa. «Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho las señales delante de ella, con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y a los que adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada del que estaba sentado sobre el caballo, la cual salía de su boca.» (Apocalipsis 19:20-21)

En Apocalipsis 19, vemos la completa destrucción de todos los hombres malvados, o el desmenuzamiento de las naciones como vasija de alfarero, o la imagen rota por la piedra, y completamente destruida y removida como el tamo ante el viento. La destrucción de los enemigos del Señor, representados por los diversos nombres de «*hombre de pecado*», «*misterio de iniquidad*» y «*el inicuo*», es así descrita por el apóstol — «a quien el Señor consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.» (2 Tesalonicenses 2:8)

3. En la segunda venida de Cristo, los justos muertos serán resucitados, los justos vivos serán transformados, y así los súbditos del reino eterno serán hechos inmortales. 1 Tesalonicenses 4:14-18; 1 Corintios 15:51-55. Esta es la primera resurrección al comienzo del milenio.

4. Los súbditos inmortales del reino ascenderán con su Señor a la ciudad eterna y reinarán con él en el juicio de los impíos mil años, tiempo durante el cual la tierra estará desolada. Hemos visto por el testimonio del Nuevo Testamento que todos los hombres impíos serán destruidos en la segunda venida. Ver 2 Tesalonicenses 1:7-9; 2:7, 8; Mateo 13:26-30, 37-43; 3:12; Lucas 17:26-30. Los profetas del Antiguo Testamento describen claramente la desolación de la tierra durante el milenio. Ver Isaías 6:8-11; 13:9; 24:1-3; 34:1-15; 28:21, 22; Jeremías 4:20, 27; 50:32-38; Sofonías 1:2, 3; 3:6-8.

5. Al final del milenio, los impíos serán resucitados de entre los muertos. «Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años.» (Apocalipsis 20:5) Entonces serán destruidos. «Y de Dios descendió fuego del cielo, y los devoró.» (Apocalipsis 20:9) Satanás, y todos los ángeles caídos, y todos los hombres impíos, serán entonces consumidos por el fuego de la ira de Jehová. Apocalipsis 20:10; Mateo 25:41; 2 Pedro 2:4; Judas 6. En la conflagración general de ese tiempo, la vieja tierra y el cielo atmosférico pasarán de la presencia de Aquel que está sentado en el gran trono blanco. Apocalipsis 20:11. «Los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.» (2 Pedro 3:10)

6. De la vieja tierra, derretida y limpiada del pecado y los pecadores, surgirá, moldeada por la mano del gran Restaurador, la nueva tierra, libre de todas las marcas de la maldición. «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron.» (Apocalipsis 21:1) Entonces se cumplirán las palabras de David: «Porque de aquí a poco no existirá el malo; observarás atentamente su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz.» (Salmos 37:10, 11) Y Cristo se refiere a lo mismo en su sermón del monte. «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.» (Mateo 5:5)

Es al final de los mil años de Apocalipsis 20, después de la destrucción final de todos los enemigos de Dios, que «los santos del Altísimo tomarán el reino, y poseerán el reino para siempre, por los siglos de los siglos.» (Daniel 7:18) «Y el reino y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo serán dados

al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno.» (Daniel 7:27) Entonces el reino en todas sus partes —el Rey, los súbditos, el territorio, siendo la ciudad santa la metrópolis— estará completo. Entonces la piedra se habrá convertido en un gran monte, de modo que llenará toda la tierra.

Hemos visto que el establecimiento del reino inmortal será por una sucesión de eventos. El reino en su primera etapa, cuando se establece en el Cielo, por el Dios del Cielo, está representado por una piedra cortada del monte. Cuando está completo y plenamente establecido en la tierra, está representado por un monte que llena toda la tierra. El reino, en su condición de piedra, es contemporáneo por un tiempo con los reinos perecederos de este mundo. De ahí que se diga que «desmenuzará y consumirá todos estos reinos.» (Daniel 2:44) Una vez logrado esto, y la tierra restaurada a su gloria edénica, el reino y el dominio, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, serán la herencia eterna de los redimidos.

Contrasta con esta armoniosa serie de eventos en el establecimiento del reino, aquella visión que tiene el reino establecido en la tierra cuando Cristo viene, y el reinado de mil años de Cristo con su pueblo en la nueva tierra. Esa visión necesariamente tiene a Satanás suelto en la nueva tierra, después de que los santos, con Cristo en medio de ellos, han disfrutado de sus glorias durante mil años. Entonces el vasto ejército de Satanás, «cuyo número es como la arena del mar,» (Apocalipsis 20:8) es resucitado de los muertos de la nueva tierra; y, con Satanás a su cabeza, suben pisoteando los campos de verde vivo en la anchura de la nueva tierra para rodear la ciudad de los santos. Y para coronar lo absurdo de esta posición, el fuego desciende del Cielo y consume la vasta multitud de los impíos de todas las edades sobre la nueva tierra. En nuestra opinión, las inconsistencias de esta visión han llevado a muchos a adoptar el milenio mixto, y a seguir en las fantasías casi interminables de lo que se llama *la Edad Venidera*.

Si se objeta que nuestra visión del tema tiene la ciudad de los redimidos descansando sobre la vieja tierra antes de que sea regenerada por fuego, respondemos: Esto puede estar en el plan de Dios, para que todos los pecadores vean lo que han perdido, para que los redimidos presencien los terrores de esa muerte de la que son salvados, y para que las inteligencias reunidas del universo

que no han pecado, también se impresionen con la santidad y la dignidad de la ley divina, cuya pena es la muerte.

¡Tremenda ejecución! Satanás, y todos los ángeles que se rebelaron con él, y todos los hombres que han muerto en sus pecados, desde el asesino Caín hasta el último pecador que rechace la salvación, perecerán en el lago de fuego derramado sobre ellos mientras se reúnen alrededor de la ciudad de los redimidos para tomarla. ¡Qué lugar tan apropiado será el viejo mundo —las marcas de la maldición ahora doblemente visibles— para esta terrible ejecución!

«Y sus pies se afirmarán en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande.» (Zacarías 14:4) Al final del milenio, el Señor se afirmará sobre el monte de su ascensión; y, después de que su voz llame a los muertos impíos, el monte se dividirá, dejando una llanura lo suficientemente extensa como para recibir la Nueva Jerusalén. Alrededor de esta ciudad, Satanás y sus vastas fuerzas se reunirán para tomarla. Y en el mismo momento del ataque, fuego del Cielo descenderá sobre ellos hasta tal punto que la vasta escena, cubriendo necesariamente una gran porción de la superficie de la vieja tierra, es representada como un lago de fuego y azufre. Entonces «los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra también.» (2 Pedro 3:10) Pero si esa porción de la tierra donde la ciudad descansará, habiendo sido preparada por un milagro de poder divino para la recepción de la amada ciudad, permanecerá inafectada por los fuegos de aquel día; o si la tierra y el cielo derritiéndose, huyendo de la presencia de Aquel que estará sentado en el gran trono blanco, Apocalipsis 20:11, serán removidos de la ciudad durante la regeneración por fuego, puede que no sea importante para la presente discusión del tema. Cualquiera de estas cosas puede ser hecha por el poder de Aquel que hará cosas mayores en la gran obra de la restitución.

LOS DOS REINOS

Dos condiciones del pueblo de Dios se expresan en las Escrituras con la palabra reino: 1. El arreglo de Dios en la recompensa futura de aquellos que serán salvos por gracia. A esto lo llamaremos el reino de gloria. 2. El arreglo de Dios para salvar a los hombres por gracia. A esto lo llamaremos el reino de gracia. «Acerquémonos, pues,» dice Pablo, «confiadamente al trono de la gracia.» (Hebreos 4:16) Un trono de gracia presupone un reino de gracia.

EL REINO DE GLORIA

Aparecerá evidente que la palabra «reino» en muchos casos se refiere al futuro reino inmortal, y no puede aplicarse a los medios de la gracia. Que el reino inmortal no fue establecido en ciertos períodos mencionados en el Nuevo Testamento, se demostrará al referirnos a algunas de esas expresiones de la Escritura que se aplican al futuro reino de gloria. No fue establecido cuando nuestro Señor enseñó a sus discípulos a orar: «Venga tu reino» (Mateo 6:10). Los profetas, Cristo y los apóstoles, todos señalan a la iglesia hacia el advenimiento y el reino de Cristo como el tiempo de la consumación de su fe y esperanza, el fin de sus trabajos y dolores, y la plenitud de sus gozos. De ahí que, en la oración modelo para la iglesia cristiana de todas las épocas, se encuentre la petición: «Venga tu reino».

La madre de los hijos de Zebedeo entendió que el reino era futuro cuando le pidió a nuestro Señor que concediera que sus dos hijos se sentaran, «el uno a tu mano derecha, y el otro a tu izquierda», en su reino (Mateo 20:20, 21).

Además, el reino era todavía futuro cuando nuestro Señor comió la última pascua con los doce. Él les dijo: «De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga» (Lucas 22:18).

Pero ¿estableció Cristo el reino antes de su ascensión al cielo? Justo antes de su ascensión, los discípulos preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» No había sido establecido entonces.

Cuando Santiago escribió su epístola, el reino inmortal era todavía una cuestión de promesa. Él dice: «Oíd, hermanos míos amados, ¿no ha escogido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?» (Santiago 2:5).

Tanto Jesús como Pablo asocian el reino con la segunda venida. Jesús se dirige a los que esperan su venida y reino, diciendo así: «Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor, cuando regrese de las bodas; para que cuando él venga y llame, le abran en seguida» (Lucas 12:35, 36). En esta conexión, consuela a su pueblo con estas preciosas palabras: «No temáis, manada pequeña; porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lucas 12:32). Pablo encarga solemnemente a Timoteo: «Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino» (2 Timoteo 4:1). El apóstol también declara que «es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hechos 14:22). Esta exhortación fue hecha a quienes ya eran cristianos, pero aún no estaban en el reino. El reino inmortal es la recompensa que se dará a todos los que avancen valientemente a través de la tribulación aquí. Y nuevamente dice: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1 Corintios 15:50). Esto resuelve la cuestión de que hay un reino que no será disfrutado por los santos hasta que vistan la inmortalidad, o hasta que entren en el estado inmortal, que el apóstol dice, en el versículo 52, que es «a la final trompeta».

La exhibición en miniatura del reino de Dios en la transfiguración está diseñada para mostrar la naturaleza del reino y cuándo será establecido. «Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus obras. De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino» (Mateo 16:27, 28). «Hasta que vean el reino de Dios» (Lucas 9:27).

Esta promesa se cumplió poco después en el monte. «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y

se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro respondió y dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros quedarnos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd» (Mateo 17:1-5). Nótese los siguientes puntos:

1. Jesucristo apareció allí en su propia gloria personal. Su semblante resplandeció como el sol, y su vestidura era blanca como la luz.

2. La gloria del Padre estaba allí. Fue una «nube resplandeciente» de la gloria divina, de la cual salió la voz del Padre.

3. Aparecieron Moisés y Elías; uno, el representante de aquellos santos que serán resucitados en la venida de Cristo y revestidos de gloria; el otro, Elías, el representante de aquellos que estarán vivos y serán transformados en la aparición de Cristo.

4. El uso que los apóstoles hicieron de la escena. Pedro fue uno de los testigos; y en vista de la importancia del reino de Cristo, él, en su segunda epístola, ha dado a los creyentes de todas las edades venideras instrucciones sobre cómo pueden asegurarse una entrada abundante «en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino porque fuimos testigos oculares de su majestad». Esto, dice él, fue «cuando estuvimos con él en el monte santo» (2 Pedro 1:16-18). Esta escena fue una demostración de la segunda venida, personal y gloriosa de Cristo, y muestra que el reino será inmortal cuando sea establecido, y que será establecido en el período de la segunda venida y resurrección de los justos.

EL REINO DE LA GRACIA

También aparecerá evidente que en muchos casos la palabra «reino» se aplica a los medios de la gracia, y no puede tener referencia al reino futuro. La palabra se usa así en muchas de las parábolas de nuestro Señor.

La parábola del trigo y la cizaña se aplica al estado imperfecto presente, cuando los pecadores pueden disfrutar los medios de la gracia, y no al futuro estado de gloria. Esto es evidente. Pero la siembra mencionada en esta parábola no comenzó en la primera venida del Hijo de Dios. Los hijos del reino y los hijos del maligno, ambos aparecieron mucho antes de que Jesús muriera por los pecadores. Abel y Caín representaron las dos clases. Durante todo el período desde el tiempo de estos hijos de Adán hasta el cierre del día de gracia, esta parábola tiene una aplicación clara y contundente.

En esta parábola, la palabra «reino» se usa cuatro veces. Una vez se refiere a la tierra, que será el territorio del reino inmortal, y una vez tiene una referencia distinta al futuro reino de gloria cuando esté plenamente establecido en la tierra. La palabra «reino» puede referirse tanto a los medios de la gracia necesarios para preparar a los hombres para la vida futura, como también a la vida futura misma. Sin duda, en esta parábola se muestran tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. Están muy relacionados, el reino de la gracia se extiende muy cerca y es preparatorio para el disfrute del reino de la gloria.

La parábola de la semilla de mostaza ilustra con fuerza el reino de la gracia, que al principio solo abarcaba a nuestros primeros padres inmediatamente después de la caída, y finalmente, en sus grandes resultados, abarca a todos los redimidos de todas las edades y de todas las tierras. «El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas» (Mateo 13:31, 32).

La parábola de la levadura escondida en tres medidas de harina ilustra la obra de la gracia en el corazón del creyente. «El reino de los cielos es semejante a la

levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo leudado» (Mateo 13:33). Esta parábola enseña la santificación completa de la mente y el corazón a Dios. El apóstol expresa este sentimiento cuando dice: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tesalonicenses 5:23).

Las parábolas del tesoro escondido en el campo y de la perla de gran precio enseñan el valor de la salvación a través de Jesucristo y los sacrificios que deben hacerse con alegría para obtenerla. «Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mateo 13:44-46).

La parábola de la red que recogió peces buenos y malos muestra que, aunque hombres buenos y malos pueden ser congregados en la iglesia, la separación final declarará el verdadero carácter de cada uno. «Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recogió de toda clase de peces; y una vez llena, la sacaron a la orilla; y sentados, recogieron lo bueno en cestas, y lo malo echaron fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 13:47-50).

En Mateo 25, el reino de los cielos es comparado con una boda oriental. Esta parábola ilustra la acción de la iglesia justo antes, y no después, de la segunda venida. «Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo». En esta conexión, nuestro Señor señala un tiempo específico en el que la obra de la gracia divina en la mente y el corazón de los creyentes les daría una experiencia que sería comparada con una boda oriental.

La lucha mental para liberarse de los poderes de las tinieblas y, por fe, recibir las bendiciones del reino de la gracia, es descrita así por nuestro Señor: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12). Véase Lucas 16:16.

El apóstol habla de las bendiciones del reino de la gracia así: «Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17). La conexión muestra que Pablo aplica la palabra «reino» a la dispensación presente, y no al futuro período de recompensa.

EL REINO ESTÁ CERCA

Juan el Bautista vino predicando en el desierto de Judea, y diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 3:1, 2). «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed al evangelio» (Marcos 1:14, 15). Y cuando Jesús envió a los doce a las ovejas perdidas de la casa de Israel, les dijo: «Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 10:5-7).

Hemos llegado ahora a un punto muy importante en la discusión de este tema. Muchos nos encontrarán aquí con la visión popular de que el reino fue establecido en el momento de la primera venida. Usarán la frase «El reino de los cielos está cerca», expresada por Juan, Jesús y los doce, con fuerza sobre las mentes de aquellos que no estudian el tema en todas sus implicaciones. Pero, como hemos demostrado, en ningún sentido de la palabra fue establecido el reino en el momento de la primera venida de Cristo. Las palabras «reino de los cielos» y «reino de Dios» tienen solo dos significados: primero, el plan para salvar a los hombres por gracia; y segundo, la futura condición y recompensa de los salvados. El plan de salvación, o el reino de la gracia, fue instituido poco después de la caída; y la recompensa de los salvados, o el reino de la gloria, es futuro.

La palabra griega traducida como «cerca», tal como la usaron Jesús, Juan y los doce, es *engizo*, y es definida por Greenfield así: «Acercarse, aproximarse. Por

metonimia, estar cerca, ser inminente. Mateo 3:2; 4:17; 10:7; Lucas 10:9, 11; Marcos 1:15». El reino inmortal no estaba cerca, según esta definición o el significado obvio de la frase, en los días de Juan y de Jesús. De hecho, Pablo advirtió a la iglesia de Tesalónica contra la idea de que el día de Cristo —el día para destruir los reinos terrenales y establecer el reino inmortal— ya estaba cerca. «No os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar», dice el apóstol, «ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día de Cristo está cerca» (2 Tesalonicenses 2:2).

La palabra griega traducida como «cerca» en este texto es *enistemi*, y significa, según Greenfield: «Colocar en o sobre; estar cerca, estar a mano, ser inminente. 2 Tesalonicenses 2:2». En su relación con el tema del reino, realmente no hay diferencia en el significado de estas dos palabras griegas. Pero, ¿contradice Pablo a Juan, a Jesús y a los doce? Ciertamente no lo hace.

¿Qué, entonces, quisieron decir Juan y Jesús al proclamar que el reino de los cielos estaba cerca? No que el reino de la gracia se establecería pronto. No; eso había sido instituido más de cuatro mil años antes de esa proclamación. Tampoco urgieron un arrepentimiento inmediato bajo el argumento de que el reino de los cielos estaba cerca en el sentido de ser el siguiente reino universal. Con esta perspectiva, su ferviente anuncio parecería perder su fuerza. Pero su proclamación tenía una referencia directa a las maravillosas manifestaciones de poder y gracia divinos que seguirían inmediatamente, durante la obra de confirmar el pacto (Daniel 9:27); primero, por Cristo, durante tres años y medio, y por los apóstoles (Hebreos 2:3), durante el mismo período de tiempo. Juan anticipó el ministerio de Jesús, que fue aprobado por Dios «con maravillas, prodigios y señales que Dios hizo por medio de él» (Hechos 2:22), y proclamó que el reino de los cielos estaba cerca. Y Jesús anticipó su propio ministerio, y también el de los apóstoles, ya que «ellos salieron y predicaron por todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían» (Marcos 16:20), y proclamó que el reino de los cielos estaba cerca.

Esta visión del tema es sostenida por la comisión dada por nuestro Señor a los setenta: «Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos». «En

cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que se os ponga delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: El reino de Dios se ha acercado a vosotros» (Lucas 10:3, 8, 9). El reino de Dios en esta conexión no puede significar nada más, ni nada menos, que la manifestación del poder y la gracia divinos.

Y con esto concuerdan las palabras de Cristo dirigidas al escriba digno. «Jesús, viéndole que había respondido discretamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios» (Marcos 12:34). Este escriba estaba sólido en los principios fundamentales del gobierno de Dios. Solo necesitaba conocer a Cristo y el poder de su gran salvación para disfrutar todos los privilegios y bendiciones del reino de la gracia.

El engaño ha sido la obra de Satanás desde que engañó tan exitosamente a Eva. Llevó a los judíos a esperar en el Mesías un monarca gobernante, en lugar del maestro manso y humilde, y finalmente el sacrificio por los pecadores. Los fariseos suponían que el reino de Israel sería establecido entonces con una demostración externa. «Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: He lo aquí, o he lo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17:20, 21). ¿Pero estaba el reino dentro de los fariseos incrédulos? La lectura marginal —«entre vosotros»— ayuda al caso. ¿Qué había entonces entre ellos? Cristo acababa de limpiar a diez leprosos que se mostraron a los sacerdotes, y uno de ellos regresó para dar gloria a Dios. En medio de ellos estaban las maravillosas manifestaciones del poder y la gracia divinos en los milagros de Cristo; de ahí que les dijo a los fariseos: «El reino de Dios está entre vosotros».

En el momento de la segunda venida y el establecimiento del reino eterno, la gente estará sin duda bajo un engaño tan grande en relación con la naturaleza de la venida y el reino de Cristo, como lo estuvieron los judíos en relación con su misión en su primera venida. Entonces vino como el humilde maestro del pueblo, concluyendo su misión al entregarse en sacrificio por los pecadores. Los judíos rechazaron a Jesús porque no cumplió sus vanas expectativas. Satanás los llevó a

esperar la venida del Mesías con ostentación y grandeza, cuando él iba a venir en humildad. Y ahora que va a aparecer por segunda vez en las nubes del cielo con poder y gran gloria, Satanás tiene la **delusión** preparada para la gente, de que Cristo viene en la muerte, en la conversión o en el derramamiento del Espíritu de Dios. Jesús anticipa las **herejías** de nuestro tiempo, y dice: «Vendrán días cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: Helo aquí, o helo allí. No vayáis, ni los sigáis. Porque como el relámpago que al brillar resplandece de un extremo al otro del cielo, así también será el Hijo del Hombre en su día» (Lucas 17:22-24).

Pero para entrar en el reino de gloria, primero debemos estar en el reino de la gracia, compartiendo todos sus privilegios y bendiciones. El fiel Juan da testimonio: «Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 1:9). Juan estaba en el reino de la gracia.

Pablo a los Colosenses delinea la verdadera experiencia cristiana en un estilo maravillosamente rico y completo. Él expone el cambio necesario para una idoneidad moral para ser partícipe de la herencia eterna, con palabras que deberían conmover el alma e ir directamente a cada corazón cristiano.

«Por esta razón también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo; dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Colosenses 1:9-14).

El apóstol aquí expone la verdadera conversión. Cuando se compara con esto, la mayoría de las experiencias resultarán espurias. La verdadera conversión no es siempre obra de un día, o de un año. Es, sin embargo, siempre una obra de avance, que se amplía y profundiza a medida que progresa. Aquellos que están verdaderamente convertidos son librados de los poderes de las tinieblas, y son trasladados al reino de la gracia. En Cristo tienen una redención moral, *incluso el perdón de pecados*. Este pasaje no tiene referencia a la redención física en la resurrección de los justos. Sus palabras de conmovedor interés describen la preparación necesaria para heredar el reino eterno de Dios.